

## Un camino de felicidad:

### LA HUMILDAD\*

La humildad. ¿Es una virtud? ¿una manera de ser, loable, imitable? Los paganos de todos los tiempos no lo pensaron así. Si se ha de creer a uno de los más recientes y de los más célebres, la humildad es el fruto de un complejo judeo-cristiano que disfraza de virtud la debilidad de alma.

El cristiano tiene una opinión menos ofensiva para dicha virtud, pero no piensa demasiado bien de ella y con gusto deja que sus vecinos la ejerciten. En todo caso, si es una virtud, poco se habla de ella, aún en las homilías. A decir verdad, si la humildad goza de una mediocre reputación, es por culpa de sus falsificaciones.

¿No tendríamos, entonces, que cambiar la etiqueta, renunciar a ser humildes, y querer sólo "ser verdaderos"? No es acaso éste el camino que abriría Teresa de Jesús cuando escribía que la humildad no es otra cosa que caminar en la verdad?

Durante su ministerio público, Jesús invita a sus oyentes a la felicidad. La primera bienaventuranza es "Felices los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos" (Mt 5,3).

Cristo acaba de tomar una expresión del Antiguo Testamento. En nuestro lenguaje actual podríamos traducir "Felices los humildes", es decir las personas conscientes de su modesta posición social, que no están fascinados por el dinero o por alguna otra grandeza, cuidadosos de cumplir la voluntad de Dios.

Estos humildes no están muy lejos de los niños que Jesús propone como modelo (Mt 18,1-5;19,14). Pues bien, en el mundo judío, los niños no cuentan; tan solo tienen que recibir lo que se les da y obedecer.

Junto a los humildes y a los niños, Cristo presenta otro modelo: el pecador que conoce su pecado y lo confiesa delante de Dios. Tal es el publicano de la parábola (Lc 18,8). Tal es Zaqueo cuando toma conciencia de su falta en presencia de Cristo (Lc 19,8). Uno y otro son salvados. "El que se humilla será elevado" (Lc 14,11).

El Hijo del hombre enseña por sus palabras. Enseña por su persona. Acaba de dejar entrever su infinita trascendencia; es "el Hijo" (Mt 11,27). Y sin transición afirma que es "manso y humilde de corazón". Esto lo dijo Jesús una sola vez. Pero la lección es clara: el modelo es único. Es inútil buscar en otra parte.

---

\* De *La Vie Spirituelle* 661 setiembre-octubre 1984.

En una circunstancia muy diferente —los discípulos disputan para saber quién es el primero entre ellos— Jesús habla con toda claridad: “*El que quiera ser el primero, que sea el servidor de todos*” (Mt 20,27). Para apoyar la lección, Cristo enuncia el motivo decisivo: “*El Hijo del hombre ha venido no para ser servido sino para servir*” (Mt 20,28). Dicho de otra manera, hagan como el Hijo del hombre que se abaja deliberadamente.

¡Entonces, seamos mansos y humildes de corazón! ¡como Jesús! ¡Pero cómo?

Hay un nivel de humildad muy banal: “soportar” las pequeñas humillaciones —pinchazos de la vida diaria— sin dramatizarlas, sin ni siquiera hablar de ellas. Es lo que hizo Cristo.

El debe soportar los consejos de sus “hermanos” que piensan conocer mejor que él el método para llevar a buen término los asuntos de Dios (Jn 7,3-4). Pedro no lo comprende mejor: no admite el fracaso de un Cristo crucificado (Mt 16,22). Es juzgado con superioridad por Simon el Fariseo: “*Si este hombre fuera profeta, sabría... Esta mujer es una pecadora*” (Lc 7,36-39). A estas incomprendiones ofensivas o despectivas, Jesús no opone réplica.

Más simple aún. Entre sus relaciones Jesús no cuenta más que con personas sin brillo social. Su padre adoptivo: un obrero; los Doce: una mezcla de pescadores, publicanos y fariseos<sup>1</sup>; los discípulos: gente que un buen día lo dejan plantado; las buenas personas que lo siguen: seres anónimos... En cuanto a la fama que le hacen al Señor: hay quienes dicen: “*Ahí tienen un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores*” (Lc 7,34).

Cristo ha conocido, pues, todo lo que nosotros conocemos. Pero de parte suya, ninguna reacción parecida a las nuestras. Intenta solamente elevar los espíritus a la altura del Reino de Dios. Así es Jesús, manso y humilde de corazón, en lo ordinario de su existencia.

Llega el tiempo de la humillación y de la humildad espectaculares. Dentro de algunas horas Cristo será arrestado. Durante la cena que precede al arresto, el Señor realiza un gesto inesperado, que el ceremonial no preveía: lava los pies a los Doce. Pedro, siempre espontáneo, protesta: “*No me lavarás los pies jamás*” (Jn 13,8). Entonces Jesús los instruye: “*Ustedes me llaman ‘el Maestro’ y ‘el Señor’, y dicen bien, porque lo soy. Pues, si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Porque les he dado ejemplo, para que también ustedes hagan lo mismo*” (Jn 13,13-15).

Relato ejemplar de verdad-humildad. Por una parte, Cristo no disimula su grandeza. Por otra, se abaja delante de todos.

Relato notable: Jesús escogió el abajamiento. Lo escogió él mismo. Así lo

---

1. Cf. Bossuyt et Radermakers, “*Jesús, Parole de la grâce selon saint Luc*”. Bruselas. Institut d’études théologiques, 1981, T. 2, p. 192.

quiso. Y nos dice: hagan ustedes lo mismo.

Veamos ahora el último grado de la humillación, la que parece, consagrar el fracaso y la nulidad de una existencia.

Jesús es arrestado "como un bandido" (Mt 26,55). Hoy le pondrían las esposas. Se lo acusa falsamente. Los verdugos lo ridiculizan. Herodes se burla de él. Pilatos lo suelta: no es cuestión de comprometerse por un individuo a quien nadie defiende. En cuanto a los discípulos, han huído (Mt 26,56).

Jesús calla (Mt 26,63; 27,12; Mc 14,61; 15,4-5; Lc 23,9). Humanamente no puede más. El juego está hecho. A Cristo sólo le resta soportar. Y Jesús soporta. Sin rebelión, sin enojo, sin amargura. Una sola frase: "*Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*" (Lc 23,34).

¿No es esto también, "Jesús manso y humilde de corazón"?

Sin embargo queda pendiente una pregunta: ¿cómo comprender la humildad en el caso del Verbo hecho carne? ¿Cómo puede vivirla Cristo?

La humildad es la verdad. Y Cristo, en verdad, es Maestro y Señor. Acaba de decirlo. La humildad de Cristo no es debilidad. Los mercaderes del Templo lo han aprendido a sus expensas (Jn 2,13-17). Los escribas y los fariseos también (Lc 11,39-52; Jn 8,37-47).

Para comprender, hay que interrogar el evangelio de Juan, destacar algunos rasgos. Jesús tiene un principio de vida: "*La gloria no la recibo de los hombres*" (Jn 5,41). El objeto de todo su cuidado es la gloria de Otro: busca la gloria del que lo envió (cf. Jn 7,18). Por eso su plegaria tiene por primer objeto "*Padre, glorifica tu Nombre*" (Jn 12,28).

La humildad de Jesucristo consiste en centrar infaliblemente su existencia en el Padre, en la misión querida y confiada por el Padre, en la gloria del Padre: "*Yo hago siempre lo que le agrada a él*" (Jn 8,29).

Sin embargo sigue siendo bastante misteriosa la actitud de humildad que Cristo adopta al lavar los pies de los discípulos. ¿Qué sentido encontrarle?

Al obrar así, Cristo anticipaba e inauguraba la Pasión que lo cubriría de humillaciones a la vista de Jerusalén. Al obrar así, Jesús manifestaba que no solo soportaba sino que escogía libremente la suerte humillada que lo esperaba: "*Nadie me quita la vida; yo la doy porque quiero*", había dicho en una oportunidad (Jn 10,18).

Tomando la delantera, Jesús atestigua que adopta plenamente su misión redentora. Para llegar a buen término, ésta no necesita ninguna apariencia halagüeña. Logrará su fin por el poder del amor que proviene de Dios. Y el amor de caridad nada tiene en común con las pretensiones, las vanidades. Adquiere toda su verdad, toda su eficacia sólo en el total renunciamiento a todo lo humano, a lo que es demasiado humano.

Es necesario que esto sea evidente, fulgurante. Jesús escoge pues el camino

de la humillación, de la humildad como exaltación y revelación del amor más hermoso, del más desinteresado, del más perfecto amor, que pasa por la humillación, la muerte infamante para cambiarlas en resurrección.

Entonces, "ser verdadero" no sería también para nosotros, cuando las circunstancias lo exijan, ¿correr el riesgo de la humillación por el bien de los otros? Es eso lo que hizo Cristo. Dio testimonio de que eso valía la pena.



Es evidente que también para nosotros hay una vocación a "ser verdaderos", a ser humildes. Pero existen varios niveles de humildad-verdad. Ninguno ha de ser ignorado.

1. Ante todo ser verdadero con Dios, delante de Dios. "Creador del cielo y de la tierra, del mundo visible e invisible", "Padre de inmensa majestad". Hay que comenzar por esto.

Verdad incontestada por el cristiano. No me he dado a mí mismo la existencia; no me he dado a mí mismo el ser "yo". Así me he encontrado. Tampoco me he fabricado el mundo. Lo he encontrado hecho. Por todos lados estoy sobrepasado. "*En él (Dios) vivimos, nos movemos y existimos*" (Hch 17,28).

"Ser verdadero" delante Dios es reconocer por encima y más allá de mí mismo, al Eterno enteramente Otro, que es enteramente Próximo, "más íntimo a mí que yo mismo". Es el Altísimo, "*el Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de rotación*" (St 1,17).

"Ser verdadero delante de Dios, no es simplemente conocer la infinita diferencia, es consentir en ella con franqueza, hallar su gozo en el esplendor de Dios que es Amor (1 Jn 4,8-10).

"Ser verdadero" con Dios y delante de Dios, es postrarse en adoración: "Te alabamos, Te bendecimos. Te adoramos" (liturgia eucarística). Es también presentarnos ante él con toda docilidad: "*Muéstrame, Señor tus caminos*" (Sal 25,4).

Es necesario ir más lejos. "Ser verdadero" delante de Dios es saber, no con los labios sino con el corazón, que su gracia, su amor es don gratuito; nada he hecho yo que me dé derecho a la amistad divina; nada podría hacer jamás que me eleve a la comunión con la Santísima Trinidad.

Confesémoslo: somos amigos de Dios, pero no "en virtud de las obras de justicia que hubiésemos hecho nosotros, sino según su misericordia" (Tt 3,5). Porque "*sin él nada podemos hacer*" (Jn 15,5), nada que nos haga "*participantes de la naturaleza divina*" (2 P 1,4).

Entonces, si estoy tentado de juzgarme mejor que los otros, más generoso, en una palabra, más cristiano, es el Fariseo de la parábola quien ha tomado mi

rostro y habla por mis labios. Si me deslizo hacia el desprecio de mis prójimos; Pablo se enoja: *"No es hombre de probada virtud el que a sí mismo se recomienda, sino aquel a quien el Señor recomienda"* (2 Co 10,18).

Todavía un paso más. Para "ser verdadero" delante de Dios, debo reconocer que he hecho lo que sabía estaba mal y a pesar de eso lo hice. He contrariado "el designio benevolente" sobre mí y sobre los otros al mismo tiempo. Y sé que lo volvería a hacer. Debo decir: *"Contra ti, contra ti solo pequé"* (Sal 51). El Fariseo de la parábola ignoraba orgullosamente este detalle. Pedro, cayendo de rodillás, es muy diferente: *"Alejate de mí, Señor, que soy un hombre pecador"* (Lc 5,8).

2. "Ser verdadero" ¿delante de los otros? ¿con los otros? ¡Pase ser humilde y verdadero delante de Dios! ¿pero ser humilde delante de los otros? Sin embargo, es necesario. Si debemos ser verdaderos y humildes con los otros, hay que comenzar por ser verdadero consigo mismo. Nada de subterfugios, nada de engañarse a sí mismo, nada de telones falsos detrás de los cuales uno se esconde a sí mismo; nada de espejos deformantes.

Seamos, pues, verdaderos frente a nosotros mismos. Esto no consiste por cierto en desconocer los propios talentos, las propias aptitudes. Acerca de este punto, Cristo nos ha indicado la línea de conducta que debemos seguir:

Se trata de otra cosa: de la humildad fundamental. Bajaremos hasta esa profundidad si musita en nosotros, discretamente, una voz que tal vez apenas se distingue: "Eres un ser humano, creado a imagen de Dios. Sí. Pero los otros también". Grandeza sustancial; pero igualdad de fondo, idéntica fragilidad.

La voz podría continuar: si has recibido más que tus prójimos, si eres más inteligente, más hábil, más virtuoso, no te lo debes a ti mismo; *"¿Qué tienes que no lo hayas recibido?"* (1 Co 4,7).

Es un punto de partida y un punto de retorno. Partir siempre de ahí y volver siempre a ello, es mostrar alguna inteligencia de la verdad.

Pero debemos ir aún más lejos. Para ser verdadero consigo mismo primero y serlo delante de los demás hay que acordarse de que he cometido faltas a sabiendas y libremente. ¿Por maldad? ¿por orgullo? ¿por egoísmo? Muy probablemente. ¿A menudo? Mas que probablemente. Porque en cada uno de nosotros reside algo de esa extraña miseria: *"No hago el bien que quiero"* (Rm 7,19), *"esclavo de la ley del pecado"* (Rm 7,23), triste ley que va desde la suficiencia hasta la no asistencia a quien esté en peligro: *"Lo vio y dio un rodeo"* (Lc 10,32).

Entonces habla el Señor: *"No se erijan en jueces soberbios"* (cf. Mt 7,1). *¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo?* (Mt 7,3). Se podría traducir: piénsa en la falta de sentido que hay en condenar a los otros desde lo alto de tus propias faltas.

Un relato evangélico lo confirma. Unos fariseos traen a Jesús una mujer sorprendida en adulterio. Están a punto de lapidarla conforme a la Ley. Le preguntan

a Jesús qué piensa él. Cristo calla. Pasa un tiempo. Por fin dice sencillamente: "Que aquel de entre ustedes que esté libre de pecado, arròje la primera piedra". Lo que sigue es elocuente. "Se retiraron uno tras otro, comenzando por los más viejos", es decir por los más antiguos pecadores (Jn 8,7 y 9).

Ser verdadero consigo, ser humilde ante los otros; por aquí se empieza y se termina. Por eso la Iglesia ha creído que es cristiano poner en nuestros labios, al comienzo de cada eucaristía, la confesión: "He pecado"; "reconozcamos que somos pecadores". No hay que atenuar lo tajante de esta confesión.

Intentemos una palabra más. Para ser "mansos y humildes de corazón", es necesario olvidarse de sí, no preocuparse mucho de sí, sino ser "hermano" de Jesús y de los otros.

Haz eso y serás verdadero. "Haz esto y vivirás" (Lc 10,28).

\*  
\*  
\*

Entonces, ¿es indispensable la humildad? Jesús lo dijo sin perifrasis: "En verdad les digo que si no cambian y se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos" (Mt 18,3). Y lo repite: "Dejen que los niños vengan a mí, pues el Reino de los Cielos pertenece a los que son como ellos" (Mt 19,14).

Hay que tomarlo o dejarlo. Los santos lo comprendieron muy bien. Ante todo, advierten que el camino a seguir para ser humilde y verdadero es la humillación<sup>2</sup>. Por suerte no hace falta buscarla, ya que viene sola, en múltiples formas. Además, y con la ayuda de Dios, hay que acogerla, aceptar la luz que nos trae sobre nosotros mismos, sobre nuestros propios límites. Esto es desagradable, pero, por sobre todo, benéfico.

Los santos Padres y Doctores de la Iglesia dicen aún más<sup>3</sup>. Mientras que Tomás de Aquino considera que la humildad es el fundamento de todas las virtudes, san Buenaventura la declara "summa totius christianae perfectionis", es decir el concentrado de la perfección cristiana<sup>4</sup>.

¿Exageraciones piadosas? De ningún modo: ¿Cómo se podría escuchar atentamente la palabra que se presenta como palabra de Dios? ¿cómo creer en ella? Si yo pretendo que he elucidado el sentido pleno de mi existencia en el universo, que nada tengo por aclarar en esta aventura porque todo lo conozco mejor, nunca prestaré oídos a la Buena Noticia.

Ya nos lo ha prevenido Jesús: Dios se da a conocer a los "pequeños", los humildes (Lc 10,22). Y con mayor rudeza lo dice a los Judíos: "¿Cómo pueden creer ustedes, que aceptan gloria unos de otros y no buscan la gloria que viene del único Dios?" (Jn 5,44).

2. Entre otros, san Bernardo, *Ep. ad Ogerium*, 87.

3. Cf. *Dict. de Spir.* - art. *Humilité* - t. 7 - col. 1158-1179.

4. El mismo pensamiento en san Bernardo, l. c.

Si me falta humildad, jamás llegaré a comprender qué es el amor de caridad. Porque amar al prójimo como lo ama Cristo —y esto es lo que Jesús pide expresamente (Jn 13,34; 15,12)— es admitir que debo, si llega el caso, dejar pasar a otro antes que yo, ceder algo de mis derechos, y que si es necesario, me haga a un lado y desaparezca sin guardarle rencor.

Si no tengo una pizca de humildad para soportar alguna contrariedad que tan solo hiere mi amor propio, ¡adiós perdón! ¡adiós fraternidad! Porque siempre habrá alguien que me pise el pie, por torpeza, descuido y tal vez por maldad.

“*Felices los mansos, los que buscan la paz*”, proclama Jesús (Mt 5,4 y 9). Pero nunca seremos ni unos ni otros si en nosotros está siempre alerta nuestro amor propio, nuestra susceptibilidad, vanidad y pretensión<sup>5</sup>.

¿Y qué será de la oración si no está arriagada en la humildad? ¿aunque fuera frecuente y prolongada?. El Fariseo orgulloso de la parábola oró, sin embargo no quedó justificado (Lc 18,10-13).

Juan Bautista enunció un principio de vida cristiana irrecusable: “*Es necesario que él (Jesús) crezca y que yo disminuya*” (Jn 3,30). Lo que sin error podemos traducir: para que el Señor encuentre lugar en mí, es necesario que yo no ocupe demasiado lugar en sí mismo. Me es necesario vivir a la sombra de la humildad.



Feliz rebote, inesperado tal vez, pero real. Se llama “felicidad”. Es Juan Bautista quien atrae nuestra atención acerca de esta bienaventuranza. El se compara al amigo del esposo en las bodas judías. Este amigo del esposo está enteramente subordinado al esposo para la organización de las bodas. Juan Bautista explica: “El amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es pues mi alegría, que ha alcanzado su plenitud”. Y agregaba entonces: “*Es preciso que él crezca y que yo disminuya*” (Jn 3,29-30).

¿Será la humildad un camino de felicidad? Sin ninguna duda.

Cristo confirma las palabras del Bautista después de haber lavado los pies a los Doce. Invitó a sus discípulos a obrar como él acababa de hacerlo. Y agrega estas palabras inesperadas: “*Sabiendo esto, dichosos serán si lo cumplen*” (Jn 13,17).

Podemos comentarlas así: destierren la susceptibilidad desconfiada, los rencores que brotan de una afrenta; de un favoritismo, de una desatención, y el sol de la alegría va a brillar, la paz interior va a descender sobre ustedes.

---

5. También san Agustín pensaba que debía escribir: “La humildad da fuerza a la caridad” (In .e. ad Joh. 1,6).

Más aún: destierren el amor propio herido, el orgullo llagado, la vanidad rozada, y van a volcar alegría en los demás, la propia alegría compartida, la paz.

“¿La alegría de ustedes? ¿la paz de ustedes? Digamos mejor, la alegría y la paz de Jesucristo, su paz y su alegría que ahora son de ustedes según su promesa: “*Lés doy mi paz*” (Jn 14,27); “*Nadie les podrá quitar esa alegría*” (Jn 16,22).

Ahora, hagan la prueba y verán.

*Traducción del francés por  
Paula Debussy, osb – Abadía de Santa Escolástica*

*La Vie Spirituelle*  
29, bd Latour Mabourg – 75340 Paris Cédex 07

André de BOVIS, sj

